

La rivalidad por el poder de Tebas, que Edipo había dejado en manos de Creonte (o Creón), surge entre sus dos hijos: Eteocles y Polinice, que quieren apoderarse del trono. Polinice se había casado con la hija del rey de Argos y Eteocles había permanecido en Tebas. Llega el momento en que los dos hermanos se enfrentan para disputarse el poder matándose entre sí.

Creonte, otra vez dueño de la ciudad, ordena como escarmiento para todos, que el cuerpo de Polinice, que había atacado Tebas ayudado por gente de Argos, no sea sepultado como castigo a su actuación. En cambio, Eteocles, sería enterrado con todos los honores por haber defendido Tebas.

Es por esto, que se promulgó la pena de muerte contra todo aquel que desafiara la orden del rey Creonte. Y entonces aparece Antígona. . .



LIBRO ALQUILADO

ANTIGONA

Antígona que acaba de llegar del campo. Ismene sale del palacio.

Antígona.— *Hermana, dulce hermana, Ismene amada, una herencia de males nos dejó Edipo, ¿habrá siquiera un infortunio que no haga caer Zeus sobre nosotras mientras tenemos vida? ¡Todo, todo hay en ellos: dolor, odio, persecución, vergüenza, ignominia y desdén: es tu herencia, es mi herencia: todo lo hemos saboreado!*

Y ahora. . . ¡que hay un decreto nuevo del gobernante que por la ciudad entera se propala! ¿Has tenido noticia? ¿Has oído rumores? O, ¿eres acaso la única a quien se le escapen los males que vienen tramando los enemigos contra los seres que amamos?

Ismene.— *Acerca de los seres amados ninguna noticia tengo, ni dulce, ni dolorosa desde el día infausto en que murieron nuestros dos hermanos dándose mutuamente la muerte. Esta noche misma se fue el ejército argivo violentamente: es cuanto sé. Fuera de eso, nada sé que me haga más dichosa o más desdichada.*

Ant.— *Bien lo sabía yo. Y es la causa de que te haga salir del palacio para comunicarte a solas lo que sé.*

Ism.— *¿Qué es, pues? ¡Ya demuestras estar intrigada por algo!*

Ant.— *¡Qué ha de ser: Creón dispone de nuestros dos hermanos uno sea entregado a la sepultura honrosamente y el otro sea abandonado insepulto! A Eteocles, dicen, manda que tenida en cuenta la ley y la costumbre, sea inhumado con el honor ritual, con toda gloria, para que entre los muertos tenga también honores. ¡Pero no a Polinice! Nadie podrá tocar el yerto y desolado cadáver de nuestro hermano: nadie ha de sepultarlo, nadie ha de llorar por él siquiera, nadie ha de lanzar lamentos, ha de ser arrojado sin exequias, sin tumba para exquisita vianda de las aves de rapiña que se hartarán de sus carnes apenas lo vean!*

Eso dicen que ha hecho pregonar el buen Creón contra ti y contra mí — ¡contra mí especialmente!— y que ha de venir en breve aquí para darlo a saber a quien lo ignore. Debe cumplirse sin descuido alguno. Y si osa alguno obrar en contra, morirá lapidado por el pueblo.

Tal para ti son los hechos y vas a mostrar pronto si naciste noble o una hija de gente de nobleza, pero ya descastada.

Ism.— Ah, *mísera*, si tales son los hechos, ¿quién soy yo para mudarlos, lo mismo si me someto que si me insubordino?

Ant.— Mira, si conmigo sufres y conmigo obras.

Ism.— ¿Qué clase de aventura? ¿qué proyecto tienes?

Ant.— ¡Con estas manos levantar el cadáver! ¿Colaboras conmigo?

Ism.— ¡Con qué piensas sepultarlo! A la ciudad entera se prohíbe.

Ant.— Es mi hermano— y el tuyo aunque no quieras. ¡No habré de ser tachada por haber abandonado su cuerpo!

Ism.— Inconsciente, ¿no Creón lo ha prohibido?

Ant.— ¡Nada le toca a él: no puede de los míos arrebatarme!

Ism.— ¡Ay infeliz de mí! Trae a tu mente cuerda cómo murió mi padre. Sin amor y sin honra. Así perece, hermana. Cuando advierte sus crímenes, se espanta de sí mismo y con sus propias manos él se arranca ambos ojos. Y ella, su madre y su mujer — ¡doble nombre en conflicto!— con un trenzado cordel se ahorca ella misma. Y el tercer infortunio: en un mismo día nuestros dos hermanos se dan mutuamente la muerte, ¡único don funesto que les es común! Mira ahora: las dos solas quedamos, enteramente solas, ¿cuál será nuestra muerte infamante y amarga, si quebrantamos los mandatos del potente tirano? ¡Mujeres somos, podremos oponernos a los hombres? Súbditas somos, tenemos que acatar

estas leyes y aun más duras, como que las imponen los más fuertes.

Sean indulgentes conmigo los que yacen bajo tierra: lo hago forzada, no puedo remediarlo, tengo que doblegarme a los que imperan. Nadie tiene sano juicio si hace lo que no está a su alcance.

Ant.— No, no te lo mando. Mas: si mudando de mente tú quisieras más tarde ayudarme a la obra que emprendo, no te admitiría. ¡Haz pues lo que te plazca! ¡A él, yo lo sepulto! Y ¿qué si por ello muero? ¡Qué bello fuera! ¡Hermana amante junto al hermano amado yacer unidos, después de haber cumplido con él todos los deberes de piedad familiar! Bendita rebeldía: más largo tiempo tengo que complacer a los muertos, antes a que a los vivos, como que con ellos habré de reposar en el más allá.

En cuanto a ti, desprecia, si te place, instituciones que los dioses mismos estiman altamente.

Ism.— No, yo no las desprecio, pero soy impotente para desacatar la ley de la ciudad.

Ant.— Pretextos. Corro ya a dar sepultura a mi amadísimo hermano.

Ism.— ¡Ay desdichada, me estremezco por ti!

Ant.— Por mí no te acongojes: piensa mejor en tu futura suerte.

Ism.— Siquiera nada digas a nadie, ten en reserva tu proyecto. Otro tanto haré yo.

Ant.— ¡No, no, publícalo! Más odiosa me fueras si callas que si a todo el mundo lo pregonas.

Ism.— Entre cosas que congelan tienes corazón de ascua.

Ant.— Y así complazco a quien complacer debo.

Ism. — Si es que lo logras. . . ¡te lanzas a un imposible!

Ant. — Sólo habré de cesar, si la fuerza me abandona.

Ism. — Locura es perseguir los imposibles.

Ant. — Si tal es tu lenguaje, me eres aborrecible y con toda justicia aborrecible al hermano difunto. Déjame ya, deja mis planes, deja que me sumerja en esos horrores. Sea lo que fuere, y sufra lo que sufra, sucumbiré con gloria.

Ism. — Márchate pues, si tal es tu designio. Una vez más tenlo presente: eres una loca, pero sabes amar a los que te aman.

Antígona se va hacia el campo. Ismene se mete al palacio. Después de unos momentos de silencio, entra el Coro.

Todos: Est. 1. — ¡Reverbero del sol, radiante luz de la más bella mañana de cuantas han lucido sobre Tebas! ¡Oh Tebas la de Siete Puertas! ¡Ojo del día dorado, al fin amaneciste! Pasaste por la fuente de Dirce. Hiciste huir al mortal escudo refulgente, al ejército de Argos guarnecido de hierro. . . huyó en veloz corcel, sin esperanza, a toda brida y fue a perderse en la lejanía más de prisa de lo que había venido.

(Laguna).

Corif. — Lo trajo Polinice, rebelde contra su natal suelo y en rival discordia. Era cual altanera en las alturas el águila que ruge con estrepitosos graznidos, mientras explaya las nevadas alas. El ejército viene con fragor de armas y con el vaivén rumoroso e inquieto de las crines de los bridones.

Coro. Ant. 1. — Con las fauces abiertas y anhelantes asedió las siete puertas que a nuestro hogar conducen. Muerte iba respirando. Pero huyó despavorido de repente y no pudo saciar la sed de nuestra sangre. Alzó la tea de pino resinoso con ánimo de hundir en el incendio las torres que coronan y guarnecen nuestra ciudad.

Pero Ares tremebundo le opuso un dragón indomeñable, que estrepitoso le acosó la espalda. Huyó el águila fiera sin remedio.

Corif. — Zeus abomina lenguas altaneras que hacen alarde de sus fuerza. Los vio avanzar. Venían cual torrente que se desborda indominado, ebrio de fuerza al resonar de sus áureas armaduras. Y él lanzó su rayo irrefrenable cuando ya en las almenas de la muralla como viento rugían.

Coro. Est. 2. — Llevaba en su mano la encendida tea y al empuje del rayo, se precipitó desde la altura en volteretas. Retembló la tierra cuando rodó impotente. ¡Era lo que se soñaba en tempestades de odio ya en la victoria! No logró sus intentos. Y Ares dio a los demás destinos varios, con ardoroso ímpetu siendo el aliado nuestro destruidor implacable.

Corif. — Siete capitanes en las siete puertas erguidos luchaban contra otros siete tan valientes como ellos. Todos nos dejaron para honrar a Zeus sus armas de bronce. Pero aquellos dos que nacieron del mismo padre y de la misma madre, ¡ay desdichados! uno contra otro alzaron las armas. Cada uno su lanza hundió en el pecho de su hermano. Cada uno ha obtenido su parte en una muerte común: perecieron ambos.

Coro. Ant. 2. — Pero al fin la Victoria ha regresado. Sonriente llega a la Tebas rica en carros de guerra. Pasó la guerra: hay que olvidarla ahora. Vamos a los templos de los dioses todos y en coros nocturnos por la noche entera cantemos el triunfo. Baco nos presida, él que a Tebas de gozo hace delirar en trepidante danza.

Corif. — Mas ved al rey que llega. Creón hijo de Meneceo. Algo medita en su interior. Convoca aquí a los ancianos de la ciudad con públicos pregones.

Llega Creón con sus pajes.

Creón. — Nobles varones: sacudieron los dioses la ciudad, en tempestad potente. A paz la hacen tornar. Quise reunir vuestras asambleas solos. Bien sé que sois sostén de las leyes. Así con Layo, luego con Edipo y, muerto éste, con sus hi-

jos, agrupados en torno de ellos, fuisteis fieles.

Doble suerte hoy igual a ambos toca. Los dos murieron. Y fue su misma mano la que, uno a otro, en fatal crimen, quitó la vida. Y eso en un solo día. Nadie en el trono, entonces, sentarse puede, sino yo. Todo su poder es mío. Soy yo el más cercano en la sangre.

Nadie de un hombre puede conocer anticipadamente si es capaz de regir o no. ¿Quién su alma conoce? ¿Quién de su interior juzga? Hay que ver cómo reina, cómo imparte la justicia. Para mí aquel que rige un pueblo, con mordaza a la lengua, imponiendo el temor desbordado, es el peor de los gobernantes. Traidor fue, traidor es. Pero tampoco el otro, que prefiere lo que a un ser amado beneficia, para mí es un ser cual si no fuera.

Así yo, no. Sépalo Zeus que nunca cierra el ojo y no se engaña. Ni dejar que domine el infortunio a mi ciudad, con mala suerte que su bien le quita, pero tampoco favorece al que amo, si es enemigo del orden público.

Bien sabido lo tengo. Ciudad feliz, hace hombres felices. Quien la rige discreto, amigos logra.

Con esas normas quiero gobernar la ciudad. Y en ellas me baso para dar las disposiciones acerca de los hijos de Edipo. Murió Eteocles luchando con invencible lanza contra los enemigos. Sea sepultado con los honores debidos, háganse todos los ritos funerales. Vaya honrado con ellos a la unión con los que reposan allá en la región de los muertos.

Polinice, no. Regresa del destierro, pone todo el empeño y valentía para destruir su misma patria y con ella a sus dioses. Ansía beber la sangre de los que moran en Tebas. Matar a su hermano, dominar la ciudad. Dispuse yo que nadie se atreva a darle sepultura.

Ni llorarlo siquiera. Quede al aire insepulto, devórenlo las aves y los perros. Horroroso a la vista de quien se atreva a verlo.

Eso mando. Nunca un hombre malvado ha de lograr honores que competen a los varones de virtud. Y aquel que a la ciudad haga beneficios, muerto o vivo, honor tal de mí obtener espere.

Corif.— Eso te place. Creón el de Meneceo, eso te place, sea para amigos y enemigos de la ciudad. A ti el poder te toca, lo que dispongas será recto. Igual con vivos que con muertos.

Cr.— ¿Cómo ves que se cumplan mis mandatos?

Corif.— A gente más joven impón tal orden.

Cr.— Ya centinelas hay junto al cadáver.

Corif.— ¿Qué más hacerse puede? ¿qué a nosotros nos pides?

Cr.— Nada pasar a los que a esto se opongan.

Corif.— Nadie tan loco habrá que la muerte procure.

Cr.— Ese será su pago, pero hay hombres que buscan una ganancia en vanas esperanzas.

Llega un centinela agitado.

Centinela.— ¡Oh rey, oh rey! No fue la prisa lo que el aliento me cortó, aunque parece que llegué ligero. En el camino varias veces me detuve para pensar calmadamente. Pensé retroceder. Pero yo mismo me amonestaba: "Loco, ¿para qué corres? ¿No ves que con tu llegada recibirás castigo?" Pero también: "¿Y si otro llega antes que tú y da cuenta a Creón? ¡También pena te espera!" Eso pensaba y un camino corto, se me hizo largo. Me resolví a llegar. Y sea lo que fuere, hablaré: ¿Qué puede sucederme si no lo que el destino tenga fijado?

Cr.— ¿Qué es? ¿Por qué estás tan desconcertado?

Cent.— Voy a decirte primero lo que a mí se refiere. No lo hice yo, ni vi quién lo hizo. Malo fuera que a mí se me diera castigo.

Cr.— Es mucha preparación, mucho enredo... Hay algo que anunciar quieres: ¡Dilo!

Cent.— M'la noticia da miedo decirla.

Cr.— Habla por fin y lárgate.

Cent.— Hablo pues: te lo digo: al muerto alguien lo ha sepultado. Cubrió de seco polvo su cadáver y escapó fugitivo, tras llenar las fúnebres ceremonias.

Cr.— ¿Qué dices? ¿Quién de los mortales a tanto se ha atrevido?

Cent.— Yo no lo sé. No hay allí huella de golpes de azada, ni nota acaso de zapapico. Apretada y enjuta está la tierra: no hay señal de rodada de algún carro, no hay indicio de que se haya removido. Bien se cuidó quien lo hizo de no dejar rastro. Fue el primer centinela que hace el servicio matinal quien descubrió el hecho y vino a comunicármelo. Estupefactos y aterrorizados nos quedamos todos. No se veía ya el cuerpo. Sepultado propiamente no estaba. Apenas una capa de tierra suelta se había echado sobre él. Como si solamente se tratara de evitar la maldición, o la inmundicia. Signo de perros, o de alguna fiera tampoco había, como si hubieran venido a devorarlo.

Entonces comenzaron a inculparse los guardias unos a otros y subieron el tono hasta arrojarse injurias. Fácil iba a pelea, cuando nadie había que pudiera impedirlo. Uno echaba en cara a otro que él era el culpable. El otro respondía con peor acusación. Todos estábamos ya a punto de hacer la prueba de inocencia: ya tomando en la mano hierro candente, ya corriendo sobre ascuas echadas en el suelo. Y todos jurábamos por los dioses que ni éramos hechores, ni cómplices de los que lo hicieron. Cuando ya no quedaba otra salida, habla uno y nos hizo bajar la cabeza, llenos de temor como nos hallábamos. Ni pudimos contradecirle, ni pro-

poner que lo haría uno de nosotros. La proposición fue que se te diera cuenta y nada se te ocultara. Esa fue y fue aprobada. ¡Ay infeliz de mí! ¡A mí se me echó encima tan agradable comisión...! Esta es la causa de que, sin gusto mío y sin gusto tuyo, haya venido a darte esta mala noticia.

Corif.— Oh rey, ha rato que el corazón me sugiere que en tal asunto andan de por medio los dioses.

Cr.— Basta. No hagáis que mi cólera se desborde. ¡Viejo y tonto a un tiempo! ¿Con qué los dioses dices? ¿Ocuparse de ese muerto? ¡Vaya que necesidad insufrible! El venía a quemar sus templos, firmes en sus columnas, venía a acabar con sus sacrificios, a saquear sus tesoros, a destruir la ciudad entera... ¡ahora van a premiarlo como un bienhechor sepultando su cadáver! ¿Has visto alguna vez a los dioses dando honores a los malvados? ¡No, eso no es! Hay en esta ciudad algunos que ha tiempo discuten mis mandatos. Allá en el secreto de sus hogares, sacuden descontentos la cabeza. No han de doblar la frente y someterse al yugo para acatar mis órdenes. A ellos se debe. Otros, bien pagados por sus dineros, habrán hecho tal hazaña. No tengo duda. Nada hay más pernicioso para el hombre que el dinero. El abate ciudades, él destierra a los hombres lejos de su hogar... ¡dinero, ah, dinero, pervertidor de corazones nobles, creador de felonías en la conciencia, almáciga de todas las maldades! ¿Quién, si no él, mostró a los mortales todo ardid vergonzoso, toda empresa impía? Pero, no confíen: todo aquel que se vende a la ganancia, tendrá que dar el pago un día sin duda. Hay un Zeus que yo adoro, y yo por él y en él te juro: si no me das a conocer al que tal entierro hizo, si no me lo presentas a mis ojos, poco sería la muerte. Vivos seréis colgados y en esa postura tendréis que confesar la traición. No hay que buscar provecho, sino donde es lícito, y no hay que buscar en cada hecho una ganancia. Más pierde el anhelo de lucro a los hombres que les aprovecha.

Cent.— ¿Se me permite hablar? O me regreso...

Cr.— ¿No te das cuenta de que ahora todo cuanto tú dices me sulfura?

Cent.— ¿En que te punza, en el corazón o en la boca?

Cr.— Y ¿qué pretendes tú saber de dónde sea el dolor que me tortura?

Cent.— Yo te hiero en la oreja; el que lo hizo, te atormenta el alma.

Cr.— Charlatán, que hablantín eres. Claro lo muestras.

Cent.— Todo, si quieres; menos hechor del delito.

Cr.— ¿Quién lo sabe? Pudiste venderte por dinero.

Cent.— ¡Ay, no, tú juzgas por sospecha, y por sospechas, no!

Cr.— Dí lo que quieras, ahora, haz discusión de mis sospechas, pero, si no me ponéis delante a los culpables, tendréis que confesar que no se lucra con el mal impunemente.

Creón sale de la escena.

Cent.— Puede que los descubran y puede que no. En todo caso, yo no pienso regresar. Harto tengo con haber salido salvo. Eso de salir salvo, a los dioses lo debo.

Sale el centinela.

Coro. Est. 1.— Muchos misterios hay: de todos los misterios, el más grande es el hombre.

Puede él surcar el mar grisáceo y llegar a la opuesta orilla empujado por las revueltas olas. Nada importa que bramen ellas, ni que enfurezca el sol sus ardores. Marcha seguro y llega adonde intentar pretendía. Hay un ser sólo que puede torturarlo. Es la Tierra madre. Es ella incansable, es indomable, pues prodiga, año tras año, innumerables cosechas a su labor. Pero él con su arado en interminable afán la labra y recoge de ella el don que aviva, y la fatiga con el trabajo de los caballos.

Ant. 1.— Pero puede también el alado ejército de los pájaros que sin cesar agitan la cabeza atrapar y encerrar dentro de sus trampas. Como a los peces habitantes de las aguas, que cautiva en sus redes. ¡Ingenioso es el hombre!

Con artificio doma a la raza de fieras que en el bosque merodea. Y cuando le place domina al caballo de crines tormentosas, o somete a su mando al toro montaraz indomeñable.

Est. 2.— Y la palabra y el pensamiento que vuela como el viento y las leyes que rigen las ciudades, él solo sin maestro las ha aprendido. Y supo hallar también defensa contra las flechas que le lanza el frío insoportable, o los duros azotes de la lluvia. Para todo halla recursos y remedios. Nada que traiga el futuro incierto podrá superarlo.

Un solo ser resulta para él irreductible. No tiene un sortilegio que con lo rehuya. Es el Averno, en que la muerte lo arroja, por más que para vencer las dolencias, aun las más rehacias, tenga remedio y medicina.

Ant. 2.— Aunque saber domina, aunque mil artes, serpentea entre el bien y el mal; ya abraza uno, ya se entrega a otro.

En su vida incrustense las leyes de la tierra que habita. Mantenga la justicia que hacia los dioses tiene y será incorporado a una ciudad suprema.

Sin patria, sin ciudad sea el que osado huella la justicia o con el delito se macula.

¡Jamás, jamás junto al hogar de mi mansión repose, ni sea de mis pensamientos, confidente quien de ese modo obre!

Corif.— Oscila el pensamiento vagabundo ante el hecho admirable e insólito: y ¿cómo, si lo veo, he de negar que esa es la niña Antígona? ¡Hija infeliz del infeliz Edipo... no, puede ser! ¡No es a ti a quien traen por rebelde al mandato

del rey...! ¿Cómo ha podido ser? ¿Te invadió la locura?

Llega el centinela con Antígona rodeada de soldados. El coro a la derecha. Ella se pone en medio.

Cent.— ¡Esta es aquella: es la que perpetró tal hazaña! La capturamos cuando lo sepultaba. Más, ¿dónde está Creón?

Corif.— Ya sale del palacio, mirad que a punto llega.

Cr.— ¿Qué es? ¿Cómo que decís que vengo a la medida de la suerte?

Cent.— Oh rey, jamás a los mortales conviene hacer juramentos. Lo que primero se dijo y pensó, viene a caer por tierra ante los nuevos pensamientos. Juré no regresar, cuando tan duras palabras me dijiste, herido por tu amenazante expresión. Pero aquí me tienes de nuevo. No hay alegría que pueda superar a la alegría que viene repentina sin que la esperara uno. Aquí traigo a esta muchacha: fue capturada cuando arreglaba la sepultura. Ahora no hay que echar los dados; la suerte es mía y muy mía. Yo la descubrí y ningún otro.

Ahora, rey, tómala como quieras, júzcala, procésala... libre y justificando quede yo de tantas intrigas.

Cr.— La traes, sí ¿de dónde y cómo?

Cent.— Ella enterraba al hombre. Es todo.

Cr.— ¿Estás seguro? ¿Es cierto lo que dices?

Cent.— A ella vi sepultar al muerto que tú mandaste que no se sepultara. ¿Hablo o no hablo claro?

Cr.— ¿Cómo la viste? ¿Cómo en el hecho mismo la tomaste?

Cent.— Así los hechos fueron. Lleno de miedo por tus amenazas terribles, yo llegué a aquél lugar. Quitamos todo el polvo del cadáver. Lo dejamos bien limpio, aunque ya entraba en corrupción. Nos sentamos en un ribazo cercano, de espaldas al viento, para esquivar los hedores del cuerpo. Nos animábamos a vigilar, aun con palabras ásperas, unos a otros. Así hasta la hora en que el disco esplendente del sol llega a la medianía del cielo, cuando su ardor es menos de sufrir. De repente, a esa hora, se alza un torbellino que revuelve el viento y levanta una nube de polvo tal que todo robó a nuestras miradas. La llanura, el bosque fueron invadidos, las hojas rodaban en su arrebato. Cerramos los ojos y nos encogimos ante el divino azote. Pasó un buen tiempo y cuando al fin abrimos los ojos y fijamos la vista... ¡allí está la muchacha! Gritaba como un ave desolada cuando halla deshecho su nido, ya despojada de sus polluelos. Así ella también, cuando vió el cadáver despojado del polvo que lo cubría, prorrumpió en amarguísimos lamentos, y lanzaba terribles imprecaciones contra los que hubieran perpetrado tal sacrilegio. Inmediatamente con sus propias manos acarreó tierra suelta para cubrir de nuevo el cuerpo. Y con un precioso vaso de bronce derramó tres veces la ritual libación sobre él antes de cubrirlo.

Todo lo vimos nosotros, y rápidamente nos arrojamos sobre ella para capturarla. Ella se mostró impávida. Le echamos en cara lo de ayer y lo de hoy. Ella no lo negó. Con gran placer y con gran pena mía al mismo tiempo. Dulce es escapar uno de males, pero cuán doloroso empujar a ellos a los que amamos. Pero ¿qué hacer? ¡Nada me importa a mí tanto como mi propia salvación!

Cr. vuelve la cara a Antígona y dice.— ¡A ti, a ti que estás allí cabizbaja... Habla, ¿lo admites o lo niegas?

Ant.— Afirmo que lo hice. Todo es. No lo niego.

Cr. al Cent.— Lárgate adonde quieras. Vas libre de esta acusación.

A Ant.— Ahora responde tú. Limpia y sin reticencias. ¿No sabías que yo había prohibido hacer eso?

Ant.— Lo supe, ¿cómo podría ignorarlo? Era público y notorio.